

# Enemigo público número uno



Gisselle Morales Rodríguez

Sobre Donald Trump, ni una palabra más. Ya bastante me recondené con el circo que montó el viernes 16 de junio, un espectáculo de pésimo gusto que solo sirvió para ponerle de nuevo el tete en la boca a Marco Rubio después de que Obama ignorara sus perretas olímpicamente.

Marco Rubio, que se las da de experto del sentir de los cubanos sin haber puesto jamás un pie en la isla y sin escuchar más cuentos que los de la Brigada 2506, devuelta a suelo americano a cambio de un cargamento de compotas; el tal Marco, cuya virilidad fue cuestionada durante las primarias del Partido Republicano por ese guapetón de orilla que fue y sigue siendo Trump, es hoy el principal asesor del Presidente para sus relaciones con Cuba. Más bien, para la retranca de sus relaciones con Cuba, que es precisamente ese estado de eterna tensión lo que más conviene a los bolsillos de ciertas facciones del exilio cubano.

La del teatro Manuel Artime en Miami fue apenas una puesta en escena, más digna de un *sheriff* del Oeste que del mandatario de una nación civilizada, una *performance* patética en la que Trump posó de emperador romano y, aupado por cuatro gatos trasnochados, bajó el pulgar para el acuerdo que la administración de Obama había alcanzado con La Habana. “Back to old politics”, quiso decir; unas políticas enquistadas en el pasado que dieron menos aceite que un ladrillo.

Excepto el tono del discurso y el lenguaje corporal —que tratándose de Trump nunca son agradables—, muy poco modificó en la concreta: no cerró la embajada en Cuba ni rompió relaciones diplomáticas; no incluyó nuevamente a la isla en la lista de naciones que patrocinan el terrorismo; no restableció la política de pies secos-pies mojados; mantuvo los acuerdos migratorios y la posibilidad de que las entidades estadounidenses desarrollen vínculos con el sector privado en la nación antillana; no estableció límites a las remesas ni a los viajes que los cubanos residentes en Estados Unidos quieran dar a la isla.

Reafirmó que le ajustará las tuercas al bloqueo —como si el propio Obama no lo hubiera hecho ya mientras pretendía eliminarlo de a poco—; limitará las visitas de estadounidenses a Cuba con fines educativos no académicos, que deberán ser en grupo; cancelará de cuajo el viaje individual autodirigido y, lo que Trump considera la guinda del pastel: prohibirá las actividades económicas con empresas vinculadas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Esta última medida la toma con especial ensañamiento, dice que para que el dinero de los contribuyentes no vaya a parar al gobierno de Cuba. Como si el dinero con el que los contribuyentes norteamericanos pagan en un *hostal* privado o en un *paladar* no llegara por cualquier vía al presupuesto del Estado cubano, ya sea por concepto de impuestos o porque los propios dueños de *hostales* o *paladares* terminen comprando en las *shoppings*. Que son —alguien debería explicárselo— gestionadas por el Grupo de Administración Empresarial (GAE), de las FAR. Mal asesorado que está...

Del *show* de Trump lo que más indigna es no poder forzarlo a escuchar los argumentos y las historias de los cubanos que han mantenido este país a flote durante las mismas décadas que sus predecesores en la Casa Blanca jugaron a apretar y aflojar el nudo del bloqueo, un estira y encoge que siempre fue más encoge; lo que realmente mortifica es que un millonario misógino pretenda



darnos lecciones de moral.

Un millonario misógino que no sabe elegir sus paradigmas. Porque, a ver, si el presidente americano hubiera salpimentado su “speech” con alusiones más o menos descontextualizadas a las relaciones de fraternidad entre ambos pueblos, se le hubiese podido perdonar.

Pero no. Los héroes de Trump son Berta Soler, que ha sido cuestionada por la propia organización que lidera por meterle mano al salario de las otras Damas de Blanco; Marta Beatriz Roque, estrella de la farsa conocida como “la huelga del aguacate”; José Daniel Ferrer, que le escribió una carta al presidente de una nación extranjera para que interviniera en su propio país y calificó a Estados Unidos como el mejor amigo del pueblo cubano y el primer defensor de la libertad y la democracia en el planeta.

Más que la retórica nauseabunda de Trump, toda una “joyita” de la oratoria, fue el violinista quien me hizo poner Mute al televisor, y eso que entonces yo no sabía que Luis Haza, el tremendísimo “talento” que presentó el magnate norteamericano, era hijo de uno de los asesinos de Frank País.

Desde que puso la primera nota en las cuerdas de su violín comprendí que aquella melodía no era *La bayamesa* ni *La guantanamera*, composiciones-símbolo de la cultura cubana, sino *The Star Spangled Banner*, el himno de los Estados Unidos de América. Gesto servil donde los haya.

¿Indignada con el circo del Artime? Sí. Sorprendida, no; porque a la legua se veía venir que Trump regresaría las negociaciones a la época de las cavernas. ¿Cómo esperar otra cosa de un mandatario sin noción alguna de diplomacia que ha inclinado siempre la balanza hacia el lado reaccionario?

A golpe de bravuconadas y condicionamientos, ahora mismo Donald Trump le ha prestado un invaluable servicio al gobierno que pretende sancionar: ha creado un enemigo común, un personaje esperpéntico y risible contra el que dirigir todas las ofensas que por respeto no le fueron dichas a Obama y que habían quedado allí, en suspenso, esperando otro Bush u otro Nixon para maldecir.

Ahora mismo Donald Trump ha conseguido que ese enemigo público número uno sea él.

# El tiro por la culata

La obcecación del Presidente estadounidense Donald Trump por echar abajo el legado ejecutivo de su antecesor en el cargo, Barack Obama, quien mal que bien llegó a contar para algunas de sus políticas con amplio apoyo dentro de la Unión Americana, amenaza ahora con serios dolores de cabeza al inquilino de la Casa Blanca.

Como si tuviera pocos puntos conflictivos en su agenda —suficientes en algunos casos para acarrearle un juicio político en el Congreso—, Trump abrió un nuevo frente de confrontación con su anuncio de un grupo de medidas encaminadas a echar abajo el camino de convergencia entre Estados Unidos y Cuba emprendido tras arduas tratativas el 17 de diciembre del 2014.

Búscuese una sola ventaja, un solo aspecto positivo de lo propugnado por Trump respecto a Cuba, para su país, y no se hallará en lo interno ni en lo externo la más mínima ganancia, pues si bien las disposiciones de bloqueo demostraron su ineficacia durante más de 50 años en su propósito de doblegar a los cubanos, los acuerdos surgidos a partir de las iniciativas de Obama han demostrado ser —aun con sus salvedades—, altamente provechosos para las dos naciones.

De inicio, Trump aparece como el responsable directo de la pérdida de más de 12 000 puestos de trabajo y 7 000 millones de dólares derivados del comercio con la isla, que se perderán con la aplicación de su política de resucitar la guerra fría en el trato hacia Cuba, al tiempo que golpeará seriamente a las compañías norteamericanas vinculadas a negocios con el país vecino.

Si ya su torpedeamiento a los viajes de los ciudadanos estadounidenses a la tierra de Martí bajo las 12 categorías aprobadas por la anterior administración constituye algo oneroso y ofensivo desde el punto de vista económico y de las libertades civiles, su golpe contra las empresas privadas que él dice defender las colocan en total desventaja frente a los competidores internacionales.

En el corto plazo y en lo interno, los observadores coinciden en su mayoría en destacar el mal negocio que acaba de realizar un avezado empresario como Trump, cediendo a las presiones de un grupúsculo ultrarreaccionario de los cubano-americanos de la Florida, encabezado por el senador Marco Rubio y el representante Mario Díaz-Balart, incapaz de aportar el triunfo en las pasadas elecciones en ese estado, que ganó gracias a otros sectores poblacionales.

En un mundo cada vez más revuelto y hostil, donde Washington ve desafiada su hegemonía por potencias emergentes como Rusia y China, se aboca a una guerra desastrosa con Corea del Norte, está a punto de la derrota en Afganistán y su injerencia en Siria amenaza con desatar la III Guerra Mundial, el oasis en que se estaba convirtiendo el Estrecho de la Florida es una realidad difícil de excluir.

El giro de timón de Trump respecto a Cuba seguramente no va a ser bien recibido por una agrupación de naciones integradas en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, que respalda a la Mayor de Las Antillas en su lucha contra el bloqueo y se congratuló por el



Pastor Guzmán Castro

acercamiento entre Washington y La Habana.

En su reciente conferencia de prensa en Viena, Austria, el ministro cubano de Relaciones Exteriores Bruno Rodríguez Parrilla dejó clara la posición de Cuba frente a la política errática e irresponsable del nuevo ocupante de la Oficina Oval, en palabras concisas y seguras que no dejan duda acerca de la decisión de la isla de enfrentar y vencer este nuevo reto.

La misma presencia de nuestro canciller en un país de la Unión Europea escogido para hacer esta comparecencia pública es muestra del cambio de ambiente entre Bruselas y La Habana —y entre Bruselas y Washington—, cuyos intercambios diplomáticos acabaron en fecha reciente con la llamada posición común del Viejo Continente hacia Cuba, lo que aparece como el inicio de un relanzamiento de los vínculos mutuos en diferentes ámbitos.

Con esos antecedentes, es obvio que si Trump se propone llevar las relaciones con nuestro país a la época de Bush, está errando de medio a medio, pues los tiempos son otros y muy distinta la actual coyuntura internacional. Acerca del contexto al interior de Estados Unidos, subrayó Rodríguez Parrilla: “Las nuevas medidas no son en nada democráticas. Según recientes encuestas norteamericanas, el 73 por ciento de los estadounidenses apoya el levantamiento del bloqueo, el 63 por ciento de los cubanos residentes y el 62 por ciento de los propios republicanos favorecen la normalización de los vínculos bilaterales”.

Entonces, cabría preguntarse: ¿dónde está la democracia que a menudo alega un presidente elegido por los votos de compromisarios electorales y no por el pueblo estadounidense?

Si esa democracia existiera, la voluntad popular, que en este caso se corresponde con la tendencia política en el Legislativo, se impondría fácilmente por el factor numérico, pero el Presidente se ha encargado, con su acción y sus expresiones cavernícolas, de demostrar lo contrario.

Golpeado duramente en el Capitolio por acusaciones de que subió al poder con el apoyo de Moscú, emplazado allí por haber cesado al director del FBI por investigarlo debido a ese supuesto delito, cuestionado por la incompatibilidad de reunir en una sola persona al gran magnate multimillonario y al primer mandatario del país, a Trump no le perdonan su condición de advenedizo irresponsable en el terreno político, capaz de enemistar a Estados Unidos con medio mundo.

De ahí el pronóstico que hacíamos al principio augurándole fuertes dolores de cabeza a mister Donald por su mala voluntad y falta de espíritu constructivo en su forma de llevar las relaciones internacionales. Sin ser Nostradamus, vemos en su futuro político una jaqueca interminable.